

Los otros rostros del peronismo: totalitarismo y rosismo. Los estilos indirectos de la crítica en el periódico “Nuevas Bases”.¹

Ricardo Martínez Mazzola (CONICET-UNSAM-UBA)

Durante muchos años la Argentina posterior a 1930 fue un tema inexplorado por los historiadores que, considerando al período como demasiado caliente, lo dejaron en manos de los sociólogos que se interrogaban por “los orígenes del peronismo”, cuando no de ensayistas que se preguntaban por las causas de la decadencia nacional. Sin embargo, desde los años 80 la profesión historiográfica comenzó a abordar la época peronista pasando a considerarla como un período más de la historia argentina y como tal, pasible de un abordaje normal. Es así que en los últimos años se sucedieron innumerables trabajos sobre las políticas sociales y la vida cultura o el lugar de la mujer en los años peronistas. La historia política no ha estado ausente de este interés y ha comenzado a trabajar sobre el espacio peronista mostrando -a través de abordajes acerca de la política provincial, las segundas filas de los elencos gobernantes y la organización partidaria- que estaba lejos de mostrar una unidad sin fisuras.

Menos numerosos, en cambio, han sido los trabajos acerca del espacio político no peronista, al que siempre se supuso fundado en una identidad reactiva e inmóvil. En particular en lo referente al Partido Socialista, trabajos como los de Altamirano (2001a, 2001b), Burdman (2008), Viana (2009) y, en menor medida, Herrera (2005)-, se concentraron en la interpretación que sus dirigentes, y en primer lugar Américo Ghioldi, esbozaron en los cruciales meses de 1945. El otro período que, recientemente ha comenzado a ser abordado -por Blanco (2005), Tortti (2005 y 2009)- es el de los últimos días del gobierno peronista y durante la Revolución Libertadora, momento en que la narración ghioldista comenzaría a ser cuestionada por buena parte de la militancia socialista, en particular la juvenil. En cambio, y tal vez por el supuesto de que las lecturas iniciales se mantuvieron incólumes durante los años peronistas, es casi total la ausencia de

¹ Versión corregida de una ponencia presentada en el II Encuentro Internacional “Teoría y práctica política en América Latina. Nuevas derechas e izquierdas en el escenario regional”, Mar del Plata 2 al 5 de marzo de 2010.

abordajes acerca de las posiciones del socialismo entre 1947 y 1954. La primera excepción se encuentra en el capítulo, fuertemente descriptivo y centrado en la organización partidaria, que García Sebastiani (2005) le dedica en su libro sobre los partidos antiperonistas. La segunda, en el interesante artículo de Herrera (2004) acerca del debate que, en marco del 37º Congreso del PS enfrentó a Ghioldi con uno de los principales intelectuales de la izquierda socialista, Julio V. González. Podemos concluir que las reconstrucciones de esos años se centran en la vida interior del partido sin avanzar en el abordaje de los intentos socialistas por darse un discurso público. Debe reconocerse que esa mirada no está del todo alejada de la situación de un partido que no sólo había perdido no sólo a buena parte de sus votantes y militantes sino que también había visto cerrados sus principales espacios de acción política -la representación en el Parlamento Nacional y en el Consejo Deliberante porteño-, como su histórico medio de prensa- el diario *La Vanguardia*. Sin embargo, creemos que no deben desconocerse los desesperados intentos de los socialistas por recuperar cierta visibilidad tanto a través de la difusión de la tarea que en la legislatura bonaerense llevaría adelante un solitario Teodoro Bronzini, como de la fundación de un nuevo periódico partidario. Esta ponencia se propone seguir esta segunda vía reconstruyendo algunas líneas del discurso público que la conducción socialista desplegó a través del periódico *Nuevas Bases*.

I

El movimiento socialista internacional heredó de la tradición radical democrática no sólo algunos símbolos e ideales, sino también ciertos medios para la acción. Tanto los anarquistas como los socialistas acentuaron la importancia de la educación y la propaganda para difundir ideas, elementos que habían sido utilizados sistemáticamente, en primer lugar, por el liberalismo democrático. Más allá de importantes diferencias, anarquistas y socialistas compartían una visión evolucionista que pensaba que la revolución sería precedida por el cambio de conciencia. Para esta acción pedagógica y educativa, unos y otros asignaban un lugar central a los periódicos. Gracias al alcance de éstos, ampliado por formas colectivas de lectura, se proponían establecer una red de comunicación opuesta a la sociedad y a la prensa burguesa.

En la difusión de las ideas socialistas en la Argentina la prensa periódica –de gran importancia en la vida política, porteña en particular, de la segunda mitad del siglo XIX- tendrá también un papel fundamental antecediendo a la fundación misma del Partido Socialista. Un ejemplo lo encontramos en el periódico *El Obrero*, órgano de la primera

Federación Obrera de la Argentina, en torno al cual se nuclearían quienes impulsaban la constitución de una fuerza política socialista en la Argentina. La insistencia en la necesidad de formar un partido político provocaría conflictos que conducirían a la desaparición de *El Obrero*. Pero en abril de 1894 su lugar sería ocupado por *La Vanguardia*, un periódico dirigido por un joven médico, Juan B. Justo, que pronto se convertiría en la figura más importante del socialismo argentino. *La Vanguardia* era el órgano del recién fundado Centro Socialista Obrero, entidad que luego del Congreso fundacional de junio de 1896 entregaría su órgano de prensa al Partido Socialista. Sin embargo el control del periódico seguiría firmemente en manos del grupo reunido en torno a Juan B. Justo, convirtiéndose en un importante recurso de poder en la vida partidaria. El paso de los años y la cada vez mayor difusión del periódico, diario desde 1905, harían de *La Vanguardia* un órgano que excedería las filas militantes para hacer oír la voz de los socialistas ante el conjunto de la sociedad.

A mediados de la década de 1940 el diario socialista mantenía su visibilidad, aunque la crisis de las finanzas partidarias había llevado a espaciar su salida, retornando a una regularidad semanal. Podemos decir, incluso, que la importancia que *La Vanguardia* tenía para el PS se había visto aumentada a partir de la dura derrota sufrida en los comicios de febrero de 1946 que, al negar a los socialistas toda representación parlamentaria, eliminaba la otra gran vidriera de acción partidaria. Por eso sería particularmente duro el golpe sufrido en agosto de 1947 cuando la Policía Municipal porteña clausuró la imprenta del diario *La Vanguardia*. La conducción socialista vinculó el hecho con la política represiva peronista, hizo oír su protesta y siguió publicando el periódico en forma clandestina. Pero ni estas ediciones clandestinas, de aparición irregular, ni nuevas hojas como *El Socialista* o *La Lucha* pudieron cumplir el rol que *La Vanguardia* había desempeñado no sólo en las filas socialistas sino en el más amplio espacio antiperonista. Sólo en 1950, con la publicación de *Nuevas Bases* el PS logró, hasta cierto punto recuperar una voz pública.

Tanto la fecha elegida para su aparición, el 28 de junio, como el nombre adoptado buscaban dar al nuevo órgano una filiación. Pero si la fecha, aniversario del Congreso fundacional de 1896, remitía a la tradición partidaria, el nombre escogido construía una doble herencia, socialista pero también liberal-democrática. Por un lado, señalaba que el órgano del Partido Socialista llevaba un nombre que no sólo recogía las palabras del “pensador argentino y socialista” Alejandro Korn sino que remitía a la expresión con que el Partido Socialista había lanzado dos años antes su “programa para la Argentina democrática y socialista”. Por otro, no se dejaba de subrayar que tal nombre excedía la

identificación socialista para vincularse con una más amplia “tradición argentina” ya que, se explicaba, Alberdi habría empleado el término “bases” para, reconociendo las necesidades históricas de su hora, fundar “un período de progreso y crecimiento orgánico”. Y, reforzando el paralelismo, se exclamaba:

“Ayer las bases alberdianas proclamaban el programa de la Argentina moderna: legalidad liberal, progreso material, producción de la riqueza, liberalismo económico, dejar hacer y dejar pasar, educación por el hecho transplante de la civilización europea. Para nosotros, ‘Nuevas Bases’ afirman con afán de superación: legalidad, democracia y libertad, producción de riqueza y justa distribución de la renta nacional, justicia social en un régimen de ‘coerción para la libertad’; asimilación nacional y conciencia y mente universal; educación integral del hombre libre y participación del pueblo en la gestión y control de todas las actividades colectivas. Las ‘Nuevas Bases’ repudian todos los ensayos de totalitarismo (...) Queremos otras bases para el vivir argentino, pues rechazamos el método de la opresión y la persecución, la concentración económica, política y cultural; la preeminencia de la propaganda sobre la educación y la subordinación de la justicia a la política personalista” (*Nuevas Bases*, N°1, 28-6-1950)

La cita es algo extensa, pero deja ver tanto la inserción del socialismo en la tradición liberal-democrática argentina, de la que se presentarían como los verdaderos voceros como el esfuerzo por situarse como los superadores de esa tradición, en una clave de justicia social; deja ver, asimismo, que la frontal oposición al peronismo se planteaba en una clave “antitotalitaria”.

La apelación que excedía el campo socialista se dejaría ver en un breve suelto publicado en el segundo número, en el que se agradecía a “afiliados, simpatizantes y hombres libres” por la solidaridad que habrían testimoniado a *Nuevas Bases*. El artículo avanzaba también sobre un tema que sería insistente: la denuncia de la censura impuesta por el gobierno peronista. Así, luego de recordar que *La Vanguardia*, *El Socialista* y *La Lucha* no encontraban imprenta para su publicación ni correo para su distribución,² se explicaba que el nuevo periódico era “un órgano principista que sale cuando puede, para decir cuanto puede” y, explicando que se trataba de dos mínimos que los socialistas no habían elegido.

En lo sucesivo -y tal vez en ello fincaría la vivencia de *Nuevas Bases*, periódico que, aunque cambiando su periodicidad, se seguiría publicando hasta 1955 cuando con la Revolución Libertadora volvería a aparecer *La Vanguardia*- el periódico socialista adoptaría un estilo indirecto en el que las más duras denuncias de la gestión peronista se presentaban no tanto bajo una forma explícita, limitadas críticas a políticas puntuales, como

² En la misma dirección apuntaba un comunicado aprobado por el Comité Ejecutivo en su sesión del 27 de marzo de ese año que señalaba que dejaba de publicarse el periódico *La Lucha* porque “el correo no lo distribuye, los capitalistas que lo vocean son detenidos, no hay imprentas que quieran correr el riesgo de su impresión, los libros y el papel han sido intervenidos, se ha puesto vigilancia en la casa y los directores son procesados o detenidos”. (*Nuevas Bases*, N° 1)

bajo la referencia indirecta a otros fenómenos que los socialistas rechazaban: el totalitarismo, en particular en la forma del comunismo stalinista, y el rosismo. En los siguientes apartados volveremos el modo en que, desde *Nuevas Bases*, se pensaba la tradición socialista para luego reconstruir como, esa interpretación de raigambre liberal, entroncaba con las lecturas de las tareas de su tiempo – 1950, año de nacimiento de *Nuevas Bases*, fue a la vez el “año del Libertador General San Martín” y el inicio de la “Guerra de Corea”- en clave de la lucha entre democracia y totalitarismo, y de la tradición política argentina, en la que el combate se libraba entre la tradición de mayo y los intentos de resurrección del rosismo.

II

Ya en su primer número, *Nuevas Bases* proponía una reactivación de la tradición socialista. El periódico se abría con un artículo titulado “el porvenir es de los que prosperan”, en el que se informaba que en esa semana de fines de junio se celebraba la “semana del Partido Socialista” en la que se recordaba tanto el Congreso Fundacional como el aniversario del nacimiento de Juan B. Justo. Pero la nota no era una mera invitación a las actividades conmemorativas, sino que buscaba insertar esas referencias en la situación presente del PS. Así, se subrayaba que ya en marzo de 1896 los socialistas habían concurrido a los comicios con candidatos propios poniendo en evidencia su decisión democrática y la voluntad de depurar las costumbres políticas. Y en una posible alusión a los debates acerca de la concurrencia o no a los futuros comicios presidenciales, se recordaba:

“Al concurrir a esos comicios de 1896 el P. Socialista no ignoraba cuales eran los sistemas imperantes ni desconocía que la violencia y el engaño constituían la única ley electoral respetada y practicada por los grupos restantes. ¡Roquistas, mistristas, irigoyenistas, y alemnistas, son todos los mismos- decía el primer manifiesto electoral (...) -si se pelean entre ellos (...) es por apetitos de mando, por motivos de odio o simpatía personal, no por una idea”” (*Nuevas Bases*, N° 1)

El artículo continuaba enumerando las demandas políticas y económicas contenidas en esa primera plataforma electoral y subrayando que tales planteos se realizaban 15 años antes de la aprobación de la ley Sáenz Peña. Una ley de la que, argumentaba, los socialistas eran precursores por el ejemplo dado “en horas de fraude y de violencia y frente a un electoralismo primitivo y personalista”. Como podemos ver en esta ocasión los socialistas se presentaban como la única fuerza precursora de la Argentina democrática, subrayando la distancia con otros opositores al peronismo: ya fuera “el fraude, la mentira, la violencia de la oligarquía” conservadora, o “la desnaturalización de la ley Sáenz Peña, la demagogia y el personalismo” de los radicales.

Pero la segunda parte del artículo, referida a la figura de Justo, buscaba ampliar el espacio de interlocución intentando, como años antes hiciera Korn, colocar al fundador del PS dentro del panteón nacional. Así señalaba que la enseñanza y la personalidad de Justo constituirían la lección de “uno de los valores de nuestra Historia, cuya tradición democrática y socialista completa en el cuadro de los formadores de la nacionalidad”. Luego de destacar la vitalidad de un ideario que, como el de Justo, aunaría la fidelidad tanto a la doctrina socialista como a los ideales normativos e históricos de la república, el artículo se cerraba con un llamado a la acción que parecía dejar de lado el carácter excepcional que en otras ocasiones el PS diera a la amenaza peronista. Así concluía:

“Como en otros tiempos, debemos afrontar trabas que procuran anularla (a la acción socialista). Hemos superado siempre los obstáculos y nuestro partido prosigue su labor con firmeza y fe en sus destinos (...) El porvenir es de quienes perseveran en una noble causa y tienen la verdad y la razón como escudo” (*Nuevas Bases*, N°1)

Como podemos ver el artículo adoptaba una retórica similar a la empleada a principios de siglo, en la que el optimismo aparecía sustentado en la fe en la razón. Similar argumento encontramos en una columna publicada en el número 7 de *Nuevas Bases* Allí, José Luis Pena subrayaba el paralelismo entre ciencia y socialismo explicando que “la ciencia es el único camino para el progreso de la inteligencia a la vez que el socialismo es la meta hacia la que de be orientarse una sociedad inteligentemente organizada”. El referente económico del PS, apoyándose en una biblioteca positivista, celebraba que Justo, impresionado por la importancia de la técnica en el desarrollo de la ciencia hubiera “cerrado el campo a las especulaciones metafísicas”. Desde estas posiciones discutía con quienes, como consecuencia de los riesgos ligados a ciertos desarrollos científicos, en particular la energía nuclear, proclamaban la bancarrota de la ciencia. Frente a esos discursos “irracionalistas” respondía apelando a la necesidad de más razón y más ciencia, las que harían posible orientar al mundo hacia una convivencia pacífica. Señalaba que si la economía no se adaptaba a una situación en que la técnica había unificado al mundo, los intereses egoístas usarían el progreso de la ciencia para destruir al hombre. Y, ligando paz y socialismo, preguntaba:

“¿Habrá progresado la razón humana para la convivencia internacional al grado que lo exige imperiosamente el desarrollo de la técnica, como para comprender la urgente necesidad de canalizar los sentimientos solidarios hacia situaciones socialistas” (*Nuevas Bases*, N° 7)

El tono científico de la columna de Pena presenta un interesante contraste con el artículo publicado en esa misma página por Alicia Moreau de Justo. El mismo, que llevaba el

sugestivo título de “el socialismo es un humanismo”, comenzaba señalando que el socialismo se enfrentaba no sólo a los escépticos que, rechazando los pequeños absolutos individuales, se acomodaban a la realidad de los hechos, sino, principalmente, a quienes, en nombre de una fe, intentaban implantar el absoluto en política. Esta, explicaba, sería la característica de los movimientos totalitarios que, haciendo de la revolución un estado exterior a los individuos “le extraen al hombre su revolución interior para transformarla en un mito estatal que aplastará todo verdadero esfuerzo, toda verdadera vitalidad”. Moreau de Justo, discutiendo con quienes consideraban que el PS se había apartado de sus fines, afirmaba que lo que diferenciaba al socialismo de otros credos políticos era ser “un movimiento de dignificación y superación humana (...) un humanismo político, un humanismo activo”. El deslinde se dirigía principalmente a la confusión con el comunismo al que, al menos en su forma rusa, consideraba “un sistema totalitario de gobierno, una dictadura tan retrógrada como lo fue el nazismo alemán y en la que la libertad ha perdido su significado activo”. Y era en torno a ese valor, y no a la igualdad, que Moreau de Justo definía a un socialismo que no sería más que la acentuación de la libertad. Esto abría a una interpretación de la historia del movimiento socialista, señalando que en sus comienzos el problema a resolver era el de la brutal explotación de la clase obrera, de lo que se trataba, explicaba, era de “salvar al hombre de la esclavitud económica”. En una curiosa lectura liberal de esa historia la autora explicaba que en el siglo XX la tiranía económica había disminuido, afirmándose la política. Interpretando el cambio como fidelidad a una identidad profunda, la dirigente socialista argumentaba que era el fenómeno del nuevo totalitarismo el que había obligado al socialismo a darse una posición definida: “Había llegado el momento de que el socialismo, para seguir siendo fiel a sí mismo, acentuara la importancia que daba a la libertad política como elemento fundamental en la vida del pueblo”.

Pero Moreau de Justo subrayaba que no era necesario ir a Rusia para percibir la diferencia entre socialismo y totalitarismo. Planteando un paralelo entre peronismo y comunismo, señalaba que en Argentina se vivía una situación parecida a la rusa. Reconocía, en una evaluación que parecía dejar mejor parado al régimen peronista, que la situación argentina no había alcanzado las proporciones de la soviética, pero temía que se marchara hacia ella. Como signo de ello señalaba que el gobierno argentino seguía “uno de los procedimientos característicos de toda dictadura”: el intento de dividir al pueblo para luego establecer un nuevo tipo de unidad, basada en la falta de vitalidad popular. La conclusión era lapidaria:

“El dictador no comprende o finge no comprender que la verdadera unidad de un pueblo sólo puede producirse cuando existe en él libertad (...) Cuando por el contrario se llega a la unidad por el camino de la tiranía lo que queda al final de la aventura son los restos de un pueblo. Nosotros (...) estamos viviendo una aventura de este tipo” (*Nuevas Bases*, N°7)

Como podemos ver no sólo en el discurso de Ghioldi y sus colaboradores más estrechos sino incluso en el de una dirigente del socialismo que no formaba parte de su círculo, y que en años posteriores se constituiría en uno de los referentes del menos antiperonista Partido Socialista Argentino, primaba el prisma que reunía el combate con el peronismo y con el comunismo bajo la matriz común del antitotalitarismo.

III

Ha sido frecuentemente subrayado cómo la perspectiva de buena parte de las fuerzas políticas, y en particular la de los socialistas, acerca del naciente peronismo estuvo fuertemente influenciada por el contexto de la lucha con el “totalitarismo” nazi-fascista. En cambio no ha sido suficientemente señalado el modo en que la subsistencia del tópico “totalitario” en el discurso socialista fue reforzada por la disputa con los comunistas. En los días en que *Nuevas Bases* comenzó a publicarse, esta disputa, que no se limitaba a las costas argentinas sino que alcanzaba a la mayor parte del movimiento socialista internacional, se veía acentuada por la iniciación de la Guerra de Corea. El periódico dedicó numerosos artículos a ese conflicto en los que se planteaba, como lo hacía Moreau de Justo en el N° 5, que era necesario abogar por la paz, pero que, si ésta no se alcanzaba la Argentina no podía situarse más que en el bando occidental. En principio tal situación era planteada como resultado de la necesidad geográfica que unía al país a las otras naciones americanas, con lo que se descartaba por absurda -en una implícita polémica con la tercera posición por la que abogaba el peronismo-, la posibilidad de “formar grupo con el mundo euro-asiático con el que no le une la menor afinidad y ningún lazo físico”. Pero, a continuación, la líder socialista iba más allá planteando que, en caso de poder elegir, también debería adoptarse aquel alineamiento. Así afirmaba que bastaba establecer una comparación entre lo que acontecía bajo la dominación de Stalin y la situación de los países europeos, donde los partidos socialistas iban llegando al poder, para comprender que el deber de los socialistas era defender la democracia. Al explicar que entendía por tal, Moreau de Justo avanzaba en puntualizaciones que volvían sobre el escenario nacional:

“Se puede sufragar en medio de las bayonetas o movidos por temor. Votar y ser democrático no son la misma cosa. Sin dignidad personal, sin posibilidades de información objetiva, real, sin medios para exteriorizar el pensamiento la democracia es una farsa. En

otros términos: el hombre que se vende, y el hombre que tiene miedo no son ciudadanos de una democracia, son súbditos que votan para atarse el collar. La elección está entre estos términos: democracia o totalitarismo.” (*Nuevas Bases*, N° 5)

En numerosas ocasiones el discurso de *Nuevas Bases* apelaría a diferentes regímenes considerados totalitarios para, indirectamente, plantear una crítica al peronismo. Es el caso de un artículo, publicado en el N° 4 del periódico, que daba cuenta de los manuales fascistas y el culto que ellos hacían al jefe y al Estado. Las referencias a la situación argentina estaban ausentes, implícitas. La toma de posición era más clara al publicarse un informe, debido a un grupo de abogados franceses, acerca de “la tortura en el siglo XX”. A los previsibles lamentos acerca de que un hábito que parecía desterrado hubiera vuelto a las sociedades contemporáneas seguía la puntualización de que el informe tenía un capítulo argentino, en el que a la Ley de Residencia y al uso de la picana por la revolución de 1930 se agregaban las denuncias de gremialistas torturados durante el régimen peronista. (*Nuevas Bases*, N°2)

Aún más clara era la posición adoptada en el Editorial del N° 9 del periódico el que llevaba el expresivo título “Con el infierno de los hombres se forma el paraíso del Estado”. El editorialista comenzaba afirmando que no se trataba de una cuestión meramente académica sino de “el más actual, el más vital y el más político de los problemas argentinos y también, el más central de los problemas políticos universales”. Pero, en esta ocasión, la problemática universal quedaba para otro momento y la acuciante situación argentina pasaba a primer plano. Así se denunciaba:

“el gobierno se ha hecho dueño de la libertad de los hombres, la que después entrega fraccionada y pequeñas concesiones para que los hombres condicionadamente puedan utilizarla; se ha organizado en pocos años un régimen de Capitalismo de Estado por el cual este absorbe gran parte de la riqueza colectiva y controla rígidamente todos los sectores de la economía (...); en nombre de los derechos del Estado se ha suprimido la libertad de prensa y la libertad radial; con el intento de presidir el movimiento emocional e intelectual de la República, se ha suprimido la opinión discrepante, se establece el régimen del liderazgo, se hace servir la escuela a los fines de la política” (*Nuevas Bases*, N° 9)

Era la situación nacional, se argumentaba, la que planteaba a los argentinos la vieja cuestión de la relación entre Estado y sociedad civil, era ella la que les daba una “idea sensorial” de lo que significaba “Estado Leviathán, Estado Monolítico, Estado totalitario o Estado-vampiro”. Y dilucidar la cuestión era particularmente acuciante para los socialistas porque, señalaba el editorialista, muchos se preguntaban si cuando ellos hablaban de colectivismo o de ceder funciones sociales al gobierno no estaban consintiendo la idea de que el estatismo era una forma de socialismo. La respuesta dejaba ver que la vinculación

del socialismo con el liberalismo era en términos genéricos y no con una versión estricta del “laissez-faire”. Se señalaba que el crecimiento de las funciones estatales era una tendencia histórica progresiva -a la que el movimiento socialista habría contribuido con la lucha por los derechos obreros o contra los trusts-, y no el resultado de la voluntad de un jefe o dictador. Pero, volviendo a la cuestión de la relación entre Estado y Sociedad civil, buscaba puntualizar:

“La tendencia histórica ha sido estatizar la sociedad; el ideal humano y socialista consiste en socializar el Estado (...) es necesario salvar a la sociedad y también al hombre, de las garras de un estatismo que succiona toda vitalidad de la Nación, porque parafraseando a Víctor Hugo, del infierno de los hombres se forma el paraíso del Estado. La lucha es entre democracia y dictadura; la dinámica de la historia de estos días, es la lucha por la socialización del Estado.” (*Nuevas Bases*, N°9)

IV

Si la asociación con el totalitarismo, ya fascista ya comunista, constituía uno de los modos de condena al peronismo, otro estaba dado por su vinculación con el rosismo. Los primeros números de *Nuevas Bases* se caracterizarán por una fuerte presencia del discurso histórico, que no se limitaría al intento de equiparar, en tanto tiranía, al régimen peronista con la “restauración” rosista sino que, en momentos en que desde el peronismo gobernante se celebraba el “Año del Libertador”, buscaría plantear un combate por la figura de San Martín. Finalmente, serían también frecuentes las intervenciones que buscaban plantear un paralelo entre quienes se enfrentaban a Rosas, como Sarmiento o Echeverría, y los opositores al régimen peronista.

Con respecto a San Martín el primer elemento a que se hacía referencia era a su “americanismo” el que, se destacaba, se fundaba en la formación en la filosofía ilustrada. En una alusión a la situación política del momento se señalaba que tanto San Martín como Pueyrredón –el texto de cuyas *Instrucciones Reservadas*, tomado de las Obras Completas de Mitre, *Nuevas Bases* publicaba- sabían que una vez liberados los pueblos de América sería necesario “educarlos en la libertad y para ella”. Agregaba que, aunque con el paso del tiempo ambos habían ido percibiendo las dificultades de la tarea, no se habían desanimado sino que continuaron buscando “nuevos recursos para libertar y educar en la democracia” (*Nuevas Bases*, N° 1). En el siguiente número del periódico continuaba el combate por la figura de San Martín, subrayando ahora su “liberalismo”. Éste provendría de la filosofía racionalista en la que había sido formado en la España liberal de la Ilustración, filosofía que lo habría llevado a adherir a la Logia Lautaro. Pero la articulista, que en esta ocasión

firmaba como Doña Melchora, iba más allá en la filiación de las ideas de San Martín señalando que su filosofía sería la que era conocida con el nombre de “ideología” y que en el Río de la Plata era impartida por Juan Crisóstomo Lafinur. La tercera entrega de la serie refería al “Espíritu democrático del General San Martín” entendiendo por tal el empeño puesto en “una obra de cultura política que entronca con la de los revolucionarios de mayo”. En una nueva intervención sobre el presente, en San Martín se subrayaba:

“su pasión republicana acrisolada, su ideario cívico incommovible ante la tentación o la alarma incommovible ante las bravías pasiones de la anarquía, del caudillismo y del absolutismo que enfilan sus ataques contra todo lo que sea orden, constitución, ley y progreso.” (*Nuevas Bases*, N°3)

Frente al San Martín ligado a Rosas que planteaban los revisionistas, y al que parecía adherir con ciertas reservas el peronismo, *Nuevas Bases*, siguiendo la tradición liberal, presentaba otro, que apoyaba los esfuerzos por convocar una convención constituyente y recibía en Grand Bourg a exiliados como Varela, Alberdi y Sarmiento. Y, trazando las dos genealogías históricas, afirmaba:

“el San Martín definitivo parte de los albores de Caseros, más no de las tinieblas de la Tiranía. Es que su ideario enraíza en la Filosofía de la Revolución, no en la Colonia. Pese a toda su vicisitud su empresa desembocó en la Organización Nacional (...) Aquellas “bases” con que San Martín soñaba fueron dadas en la nueva tarea. A las del prócer, Alberdi agregó las bases jurídicas que las nuevas circunstancias habían hecho posibles (...) En la filosofía de los “románticos” de la proscripción y en la de los “positivistas” de la organización, encontró cabida el racionalismo ilustrado de San Martín, enemigo acérrimo y enfadado de la anarquía, el desorden y la presión tiránica y absolutista” (*Nuevas Bases*, N° 3)

La polémica con el revisionismo se hacía explícita en la conclusión del artículo que discutía con “los panegiristas del tirano” quienes “en su afán de levantar una contrahistoria” ofrecerían un San Martín sólo basado en “episodios pasajeros”. La articulista no hacía referencia a de qué episodios se trataría –¿el célebre envío de su sable a Rosas?- sino que concluía que mientras Rosas era sólo pasado, San Martín era presente y futuro por ser “el gestor y organizador de sus libertades democráticas”.

La oposición, clásica y presente ya en Sarmiento, entre Rosas y los hombres de la Revolución de mayo, era retomada por el periódico al publicar un discurso del “Restaurador”. Pero, como en otras ocasiones,³ el foco de la polémica estaba puesto menos

³ Es el caso de la conferencia de Ghioldi “Una nueva especie de revisionistas. Los renegadores de la historia”, de cuyas líneas generales daba cuenta *Nuevas Bases*.[□] El líder socialista señalaba que el revisionismo que antes fue hispanista y clerical, y luego montonero y rosista se caracterizaba en esos días por su nihilismo que lo lleva a negar los aportes de la historia argentina luego de “la jornada liberadora de 1853”. En una velada referencia a la situación política del momento, en particular a las críticas socialistas a la

en Rosas que en el “revisionismo histórico” con cuyos autores se polemizaba. Así se subrayaba que su tendencia regresiva se habría fundado en considerar la Revolución de Mayo como un episodio desgraciado de guerra civil entre españoles de España y Españoles de Argentina. Esta interpretación remitía, nuevamente, a la cuestión de las tradiciones filosófico-políticas: “el revisionismo histórico intenta suprimir la denominación de “período colonial” y trata de quitar a Mayo el sentido profundo histórica y filosóficamente revolucionario, tal como lo definieran Moreno, Rivadavia y Echeverría” (*Nuevas Bases*, N°2)

Semanas más tarde *Nuevas Bases* volvía a emplear la polémica anti-rosista para intervenir en la política de la hora. El tercer número del periódico se abría con artículo en el que se reclamaba por una “Ciudad Libre” y se recordaba que el Concejo Deliberante porteño estaba clausurado desde el año 1942. Junto a ella se publicaba una columna titulada “un Decreto del tirano”: se trataba de un documento en el que, luego de considerar que el patrono de la Ciudad, el francés San Martín de Tours no había sabido librarla de numerosos males- de fiebres continuas, escarlatinas y viruelas; de las secas y de las crecidas de los ríos, de las invasiones de los indios y de las guerras civiles y extranjeras- declaraba:

“El francés unitario San Martín de Tours (...) es destituido para siempre del empleo de patrón de Buenos Aires (...) El ciudadano naturalizado San Ignacio de Loyola queda nombrado patrono de esta ciudad, con la graduación y honores de Brigadier General de la República Argentina, debiendo usar la divisa federal.” (*Nuevas Bases*, N° 3)

En los números siguientes *Nuevas Bases* publicó la columna “Juan Manuel de Rosas de cuerpo entero” acompañada de caricaturas del célebre José Antonio Ginzó, apodado “Tristán”. La primera entrega, orientada a dar cuenta del “patriotismo” y “nacionalismo” del “Restaurador”, seguía la trayectoria de un Rosas al que se presentaba abandonando la lucha en las “Invasiones Inglesas”, y luego, alejado de la Revolución de Mayo, de las luchas por la Independencia y de la Guerra con el Brasil. Se señalaba que en 1829 había apoyado el bloqueo que los franceses, reclamando por el pago de deudas, habían hecho al

política agraria peronista, Ghioldi subrayaba que sólo las necesidades de la demagogia política pueden llevar a desconocer cuáles habían sido los elementos que modelaron la riqueza argentina. Y planteaba una pregunta a todas luces retórica: “¿qué hizo nuestra grandeza absoluta y relativa en América Latina sino el no haber inutilizado las ventajas del clima con una política bárbara, con nacionalismos retrógrados e instituciones inciviles” (*Nuevas Bases*, N° 4)

Por otra parte no debe dejar de señalarse que los socialistas también denunciaban el uso de la historia que hacían los comunistas. Así el número 4 de *Nuevas Bases* publicaba una dura crítica de la “Campaña de revisionismo histórico” llevada adelante en la Unión Soviética. Semanas después el periódico socialista volvía sobre la cuestión con un artículo titulado “la ciencia histórica al servicio de la política exterior en la Rusia soviética” (*Nuevas Bases*, N° 7)

gobierno unitario de Lavalle y que, en 1834 y 1844, había propuesto a los ingleses ceder la soberanía de las Islas Malvinas a cambio de la cancelación de la deuda que con ellos se tenía. La segunda entrega se centraba en “sus negocios y su fortuna” y presentaba un recorrido por el mismo período buscando mostrar cómo, en tiempos de lucha por la Independencia, Rosas se había dedicado a sus negocios privados y a labrar fortuna. Luego de dar cuenta de su ingreso a la política, se subrayaba cómo en ella había continuado enriqueciéndose, a la vez que rindiéndose homenaje. Así, en una velada en una velada referencia al personalismo de las nominaciones peronistas, se señalaba:

“la legislatura le donó la Isla Choele Choel, que se llamaría ‘Isla del General Rosas’ (...) la legislatura de La Rioja dicta una ley por la que se ordena que el Serro (sic.) denominado Famatina se le llame en adelante Serro del General Rosas, por los servicios eroicos prestados a la provincia la causa americana y de la civilización...” (*Nuevas Bases*, N°5)

La serie se cerraba con una tercera entrega, dedicada a “La Cultura, la Enseñanza y el Periodismo bajo el rosismo”. Ésta se iniciaba con el contraste entre el período abierto en Mayo, en que desde Moreno a Rivadavia había “honda preocupación por la cultura”, y lo sucedido a partir de la llegada de Rosas al poder, momento en que se iniciaba “el desamparo, primero, y luego la destrucción de todos los ámbitos de cultura”. Como prueba se citaba el cierre del Colegio de Ciencias Morales, la obligación de presentar las tesis en latín, un auto de fe ante una obra teatral, el retorno de la compañía de Jesús, la obligación de los alumnos de vestir de rojo y de los maestros de prestar un juramento de adhesión a Rosas. Sugestivamente, y para acentuar el paralelo con el gobierno peronista, *Nuevas Bases* publicaba, en la misma página e inmediatamente debajo de la columna sobre la política cultural del rosismo, el “Manifiesto por la Libertad” con que “más de 1000 escritores reclaman por la libertad del espíritu”.

La importancia que los socialistas daban a la lucha por las interpretaciones históricas y el combate a un rosismo que asociaban con el peronismo, sería puesta en evidencia por el tratamiento de la cuestión en el 37° Congreso Ordinario del PS, reunido en noviembre de 1950. Probando la importancia que también *Nuevas Bases* daba al tema, el periódico socialista publicó en primera página –cuando cuestiones como la elección del Comité Ejecutivo, la reforma de Estatutos, o las posiciones a adoptar en política gremial, quedaban para segundas o terceras páginas- la resolución del Congreso. En ella se denunciaba que “al amparo del régimen imperante” se acentuaba el movimiento de reivindicación de “la siniestra tiranía de Juan Manuel de Rosas” y de “los crímenes de la mazorca”, a la vez que

se atacaba la memoria de “los argentinos más ilustres, Moreno, Rivadavia, Echeverría, Alberdi, Urquiza y Sarmiento”.⁴ Por ello, el Congreso declaraba:

“Que considera una conspiración siniestra, tolerada y amparada por el gobierno, con el propósito de cohonestar sus propios desmanes, el movimiento de revisionismo histórico que exalta y reivindica al tirano Juan Manuel de Rosas” (*Nuevas Bases*, N° 10)

La denuncia se continuaba en la adopción de una postura afirmativa que buscaba responder al revisionismo con un similar uso político de la historia. Así el Congreso partidario también había resuelto llevar adelante una serie de actividades conmemorativas del “centenario de acontecimientos históricos fundamentalmente vinculados al derrocamiento de la dictadura rosista y a la organización constitucional de la república”. Los socialistas consideraban que hechos como el pronunciamiento de Urquiza, la batalla de Caseros y la jura de la Constitución en 1853, constituían etapas decisivas “en la evolución de las ideas democráticas argentinas y en el afianzamiento de los ideales que dieron origen a la nacionalidad en mayo de 1810 y julio de 1816”. El Partido Socialista, que se proponía representar en la Argentina “la continuidad de esos ideales de libertad y justicia”, convocaba a los trabajadores y ciudadanos libres a defender ideales frente a quienes reivindicaban “el oscurantismo colonial y la tiranía rosista”. La línea que se fijaba para esa campaña de agitación dejaba ver tanto el absoluto encuadramiento del socialismo en la tradición liberal democrática como sus, débiles, intentos de diferenciación. De lo que trataba, se explicaba, era de difundir “el pensamiento fundamental que guió esas etapas de la liberación argentina, señalando la coincidencia de los ideales socialistas con las mismas y su obra de superación en el pensamiento y la acción” (*Nuevas Bases*, N°10)

V

Quien en esos días llevó adelante el esfuerzo por, manteniendo el vínculo con la tradición liberal, pensar la especificidad de la tarea socialista fue Dardo Cúneo. El dirigente de la Juventud Socialista comenzó su intervención en *Nuevas Bases* señalando que las crisis sociales aparejaban siempre cambios de nomenclatura, agregando que la prueba de que la crisis contemporánea aún no encontraba salida era que aún se escucharan los ecos “de palabras sin recobración” como lo era “liberalismo”. Esta palabra reaparecía en los debates acerca de las incertidumbres contemporáneas pero, aventuraba Cúneo, se batía en defensiva, la historia se la llevaba y el siglo la abandonaba. Sin embargo el joven socialista

⁴ El análisis de las frecuentes referencias a estas figuras, en particular las de Sarmiento y Echeverría, así como de las analogías que planteaban respecto a su propio papel será objeto de otro artículo.

no se proponía, al menos no inmediatamente, la celebración de tal destino sino la indagación sobre los sentidos del propio término. Empezó así, con el apoyo de figuras como Harold Laski o Benedetto Croce, un recorrido que lo llevaría a subrayar como la tradición liberal se hallaba habitada por una tensión ineliminable entre “recobración humanista” y “resurgimiento burgués”. Esta doble circunstancia, argumentaba, determinaba en el liberalismo un pleito sostenido

“entre la utopía y el contrato, entre la libertad del hombre y la libertad de empresa (...) Hombre liberal se sabe el combatiente contra toda opresión, hombre liberal también se supondrá el propietario. Pero, ¿la propiedad no era una forma de opresión para los más? ¿La libre empresa no era un riesgo para la libertad del hombre?” (*Nuevas Bases*, N° 6)

La evaluación de Cúneo mantemía, a diferencia de lo señalado antes en Moreau de Justo, el acento en la dimensión económica de la opresión. Compartía sí con ella la definición humanista del socialismo pero era a partir de esa misma definición que reafirmaba la oposición a la burguesía. Así explicaba que mientras el humanismo se sostenía en una voluntad “ética y ordenadora” que propone un universo armónico para el hombre, la burguesía necesitaba que su aventura se exprese en un universo sin orden ni ética.

El planteo filosófico era seguido de una larga reconstrucción del derrotero histórico abierto con la adopción de los ideales humanistas por una burguesía que, finalmente, los había mutilado, impidiéndoles plasmarse en una integración universal de todos los hombres. Sin embargo, celebraba Cúneo, el espíritu burgués no había logrado nunca acabar del todo con el espíritu humanista. Explicaba, en formulaciones que parecían anticipar a Poccock, que si Manchester no había podido celebrar sobre las cenizas de Florencia era porque el espíritu humanista se había refugiado en la libertad política, que había seguido prestando su sugestión inquietante al liberalismo. Fue a partir de ese punto que se libró el pleito “entre libertad política y libertad económica” o, como plantea Cúneo alejándose de las definiciones más limitativas del socialismo ghioldista, “entre la democracia y su negación” (*Nuevas Bases*, N°7).

La reconstrucción de Cúneo continuaba con el señalamiento del modo en que la libre empresa derivado en la formación de grandes trusts y, a través de ellos, en las grandes guerras y el fascismo. Alejándose de las formulaciones predominantes en el PS señalaba que el fascismo provenía “del mundo liberal del burgués” y llevaba sus señas. Citaba como ejemplo el hincapié de nazis y fascistas “en la teoría de Darwin-Spencer de la supervivencia de los más aptos, que es, asimismo, el principio básico del liberalismo manchesteriano”. Recordaba también que incluso un liberal ilustrado, como Croce, no se

había sentido, al comienzo, demasiado inquietado por el pregón anti-liberal de los fascistas.

Sin embargo subrayaba que, con el fin de la guerra que parecía marcar el fin del partido burgués, el liberalismo parecía resucitar. Pero era un liberalismo que parecía haber resuelto su tensión interior desmarcando la libertad política, que le era constitutiva, de la libertad económica, a cuyo énfasis llamaba, nuevamente con Croce, “liberismo”. La principal posibilidad de triunfo del “partido del hombre”, explicaba, fincaba en la libertad política desarrollada en el seno de un Estado que se organizara como “Estado Democrático, Estado de la Comunidad, no de los propietarios”.

Luego de un largo recorrido histórico y filosófico Cúneo volvía sobre la cuestión terminológica. Señalaba que era posible que alguna palabra vieja, como liberalismo recuperara el primigenio sentido que le había dado “el hombre anhelante de libertad” y que luego le había negado “la limitadora sociedad de los propietarios”. Pero agregaba:

“Mas si la nueva época insiste en dar a las realidades que le pertenecen propia nomenclatura –y justa será esa ambición- yo pido venia para proponer como completa denominadora de todo lo que el liberalismo de esta resurrección alude, esta palabra: socialismo.” (*Nuevas Bases*, N°8)

Las posiciones de Cúneo, recuperando una tradición liberal depurada de la defensa del “liberismo”, presentaban un marcado contraste respecto de un Partido Socialista que rechazaba, entre otros aspectos, el intervencionismo estatal y la política peronista respecto a los productores agrarios. El eco que estas intervenciones encontrarían en las filas partidarias sería escaso. En el año 1952 el dirigente juvenil comenzaría a publicar el periódico “Acción Socialista” y, junto a un pequeño grupo de militantes, se alejaría del viejo Partido Socialista para, a fines de los 50’, participar de la apuesta frondizista. Es por ello que, cuando en esos años las filas del Partido Socialista fueran conmovidas por nuevos debates acerca de la relación con el peronismo y el comunismo -debates que volvían a poner en cuestión el vínculo con la tradición liberal-, los protagonistas serían otros, aún más jóvenes.

Referencias Bibliográficas

Publicaciones periódicas

Nuevas Bases: Números 1 al 10 (junio-noviembre de 1950)

Trabajos acerca del período

Altamirano Carlos (2001a): *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires. Temas.

Altamirano Carlos (2001b): *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*. Buenos Aires. Ariel.

Blanco, Cecilia (2005): “La erosión de la unidad partidaria en el Partido Socialista, 1955-1958”, en Hernán Camarero y Carlos Herrera (comps.) *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*. Buenos Aires. Prometeo Libros.

Burdman, Javier (2008): *Ghioldi y La Vanguardia ante el surgimiento del peronismo. La voz del Partido Socialista entre 1943 y 1945*. (mimeo)

García Sebastiani, Marcela (2005): *Los antiperonistas en la argentina peronista 1945-1951*, Buenos Aires, Prometeo Libros

Herrera, Carlos (2004): “El Partido Socialista ante el peronismo, 1950. El debate González- Ghioldi”. *Taller*. Vol 7, N° 21.

Herrera, Carlos (2005): “¿La hipótesis de Ghioldi? El socialismo y la caracterización del peronismo (1943-1956)” en Hernán Camarero y Carlos Herrera (comps.) *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*. Buenos Aires. Prometeo Libros.

Tortti, María Cristina (2005): “Las divisiones del Partido Socialista y los orígenes de la nueva izquierda argentina” en Hernán Camarero y Carlos Herrera (comps.) *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*. Buenos Aires. Prometeo Libros.

Tortti, María Cristina (2009): *El “viejo” partido socialista y los orígenes de la “nueva” izquierda*. Buenos Aires, Prometeo Libros.

Viana, Juan Manuel (2009): *Pedagogía y política en el antiperonismo de Américo Ghioldi*. (mimeo)